

que ya le había permitido, y podía permitirle de nuevo, prestar grandes servicios á sus oprimidos hermanos. Las damas de honor hubieron de contentarse, al fin, con menos de la tercera parte de la suma pedida (1).

Ningún soberano inglés ha dado nunca mayores pruebas de natural cruel que Jacobo II, y aun su crueldad no era más odiosa que su indulgencia, ó tal vez será más exacto decir que su crueldad y su indulgencia eran tales que cada una refleja nueva infamia sobre la otra. El horror que la suerte de sencillos campesinos, amables mancebos y débiles mujeres, con los cuales se mostró inexorablemente severo, nos inspira, aumenta al considerar á quién y por qué razones concedió su perdón.

El principio que establece que un príncipe debe consagrar particular atención al elegir los rebeldes que han de ser castigados después de una rebelión, es perfectamente obvio. Los caudillos, los hombres de rango, fortuna y educación, cuya influencia y artificios han inducido en error á la multitud, son los más merecedores de severo castigo. El alucinado populacho, una vez terminada la matanza en el campo de batalla, debe ser tratado con toda indulgencia. Esta regla tan evidente y conforme á los principios de justicia y humanidad, lejos de ser observada en aquella sazón, se practicó en sentido inverso. Mientras los que debían ser perdonados perecían á centenares, los pocos que en realidad debieran haber sufrido todo el rigor de la ley hallaban indulgencia. Tan extraña

(1) Locke *Rebelión del Oeste*; Toulmin *Historia de Taunton*, edición de Savage; *Carta del Duque de Somerset á sir F. Warre*; *Carta de Sunderland á Penn*, 13 de feb., 1685-86, del *State Paper Office* en la colección Mackintosh.

blandura ha dejado perplejos á algunos escritores, obteniendo de otros los más ridículos elogios. Y sin embargo, no es en modo alguno ni misteriosa ni digna de alabanza tal conducta. Para cada uno de aquellos casos extraordinarios hállase explicación en motivos de sórdida avaricia ó refinada maldad, de sed de dinero ó sed de sangre.

LIV.

SENTENCIA DE LOS PRINCIPALES CAUDILLOS DE LOS REBELDES.

Respecto de Grey no había circunstancias atenuantes. Su ilustración y talento, el rango que había heredado en el Estado, y el mando superior que había tenido en el ejército rebelde, le señalaban á los ojos de todo Gobierno justo como más digno merecedor de castigo que Alicia Lisle, Guillermo Hewling, ó los centenares de ignorantes paisanos cuyas cabezas y miembros, á manera de horrible trofeo, se veían en el Somersetshire. Pero Grey poseía extensos dominios que en modo alguno eran confiscables. Sólo tenía una renta vitalicia sobre su hacienda, y á esto se reducía cuanto podían sacarle los opresores. Si moría, pasarían sus tierras al más próximo heredero, mientras que si le perdonaban podría pagar un gran rescate. Alcanzó, pues, el perdón mediante una obligación de cuarenta mil libras al lord Tesorero y menores sumas á otros cortesanos (1).

(1) Burnet, I, 646 y la nota del Presidente Onslow; *Clarendon á Rochester*, 8 de mayo, 1636.

Sir Juan Cochrane había tenido entre los rebeldes de Escocia idéntico mando al de Grey en el Occidente de Inglaterra. Increíble parece que fuese perdonado Cochrane por un príncipe vengativo más allá de todo ejemplo. Pero Cochrane era hijo menor de una rica familia, de modo que sólo perdonándole podría sacársele dinero. Su padre, lord Dundonald, ofreció cinco mil libras esterlinas á los capellanes de la Casa Real, y el perdón fué concedido (1).

Samuel Storey, uno de los más acérrimos partidarios de la sedición, que había sido comisario del ejército rebelde, seduciendo al ignorante populacho del Somersetshire con vehementes arengas en que se calificaba á Jacobo de incendiario y envenenador, fué también perdonado, gracias á la importante ayuda que prestó á Jeffreys al obtener este quince mil libras por el perdón de Prideaux (2).

De todos los traidores, ninguno tenía menos derecho á esperar indulgencia que Wade, Goodenough y Ferguson. Estos tres jefes de la rebelión habían huído juntos del campo de Sedgemoor, logrando ganar la costa con toda felicidad; pero como encontrasen una fragata de crucero cerca del sitio donde esperaban embarcar, resolvieron separarse. Wade y Goodenough fueron descubiertos muy pronto y conducidos á Londres. A pesar de la participación que habían tenido en la conjura de Rye House, y de haberse hecho tan notables entre los jefes de la insurrección del Oeste, se les concedió la vida, sólo porque en su mano estaba dar ciertos informes que permitieron al Rey matar y

(1) Burnet, i, 634.

(2) Calamy's *Memoirs*; *Commons' Journals*, dic. 26, 1690; *Sunderland á Jeffreys*, set. 14, 1685; *Libro del Consejo privado*, febrero 26, 1685-86.

despojar á algunas personas á quienes aborrecía, pero á las cuales no había podido hasta entonces acusar de ningún crimen (1).

El cómo Ferguson logró escapar, fué entonces un misterio, y aun hoy continua siéndolo. De todos los enemigos del Gobierno, él era el más criminal. Él era autor de la conjuración para asesinar á los reales hermanos. Él había escrito aquella declaración sin rival aún entre los libelos de aquellos bñrrascosos tiempos, por lo insolente, infame y calumniosa. Él había instigado á Monmouth á invadir el reino primero, á usurpar la corona después. Razonable era, por tanto, esperar que las más exquisitas pesquisas se llevasen á cabo para dar con el *archi-traidor*, como á menudo se le llamaba. Pesquisas á que apenas hubiera podido escapar quien, como él, se distinguía no sólo por su singular aspecto, sino por el dialecto en que se expresaba. En los cafés de Londres decíase en secreto que Ferguson había sido cogido, rumor que halló crédito aun entre personas que se hallaban en las mejores circunstancias para saber la verdad. Díjose después que estaba sano y salvo en el Continente; y entonces se tuvieron las más vehementes sospechas de que había estado en constante comunicación con el Gobierno, contra el cual incesantemente conspiraba, y que al mismo tiempo que excitaba á sus amigos á cometer los mayores excesos, enviaba á Whitehall noticia de los movimientos de los rebeldes, para en caso de apuro salvar su cabeza, siendo ésta la causa de haberse dado orden de dejarle escapar (2).

(1) Lansdowne, MS. 1.152, Harl. MS. 6.845; *London Gazette*, 20 de julio, 1685.

(2) Muchos escritores han asegurado, sin el más leve fundamento, que Ferguson fué perdonado por Jacobo. Algunos han llevado el absurdo hasta citar este imaginario perdón, que á ser

LV.

JEFFREYS NOMBRADO LORD CANCELLER.

Por este tiempo la obra de Jeffreys estaba terminada, y así volvió á Londres en busca de su recompensa. Llegó á Windsor del Oeste, dejando tras sí carnicería, luto y terror. Es imposible hallar parangón al odio con que le miraba el pueblo del Condado de Somerset, odio que ni el tiempo ni los cambios políticos bastaron á extinguir, que se transmitió de generación en generación, y se desencadenó ferozmente contra su inocente progenie. Muchos años después de su muerte, cuando su nombre y título habían desaparecido, su nieta la Condesa de Pomfret al cruzar

cierto sólo probaría que Ferguson era espía de la Corte, en prueba de la magnanimidad y clemencia del príncipe que hizo decapitar á Alicia Lisle y á Isabel Gaunt. Ferguson, además de no alcanzar perdón especial, fué excluido, haciendo mención expresa de su nombre, del perdón general que publicó la *Gaceta* en la primavera siguiente. (*London Gazette*, mar. 15, 1685-86.) Si, según todos sospecharon, se le trató con indulgencia, lo cual, por otra parte, es muy probable, Jacobo, no sin razón, se avergonzó de su conducta, procurando, por tanto, en lo posible que nada se supiese. La opinión corriente en Londres por aquel tiempo puede verse en el *Observador* de 1.º de agosto de 1685.

Sir Juan Reresby, que debía estar bien enterado, afirma positivamente que Ferguson fué cogido á los tres días de la batalla de Sedgemoor. Pero no hay duda que sir Juan erró en la fecha, y muy bien puede haberle sucedido lo mismo con toda la historia. Resulta claramente de la *Gaceta de Londres* y de la confesión de Goodenough (Lansdowne, MS. 1.152), que quince días después de la batalla aun no había sido cogido Ferguson, suponiéndose que andaría oculto en Inglaterra.

los caminos del Oeste era insultada por el populacho, no pudiendo aventurarse sin peligro entre los descendientes de los que presenciaran el Tribunal Sangriento (1).

Pero en la corte Jeffreys obtuvo la más cordial bienvenida. Era un juez adecuado al corazón de su amo. Jacobo había seguido con delicia el curso de la visita de Jeffreys. En su gabinete y en la mesa había hablado con frecuencia de la matanza de súbditos desleales con una alegría que espantaba á los Ministros extranjeros. Escribió con su propio puño relaciones de la que llamaba chistosamente *campana del Chief Justice en el Oeste*. Algunos centenares de rebeldes, escribía S. M. al Haya, han sido condenados. Unos habían sido ahorcados; otros lo serían en breve; y el resto irían deportados á las plantaciones. En vano escribió Ken implorando merced para el pueblo extraviado, y describiendo con patética elocuencia la triste situación de su diócesis. Quejábase de que era imposible viajar por las carreteras sin contemplar algún terrible espectáculo, y que el aire en el Condado de Somerset estaba impregnado de mortíferos miasmas. El Rey leía, y, según la frase de Churchill, permanecía duro como el mármol de las chimeneas de Whitehall. En Windsor recibió Jeffreys el gran Sello de Inglaterra; y en el primer número de la *Gaceta de Londres* se anunciaba solemnemente que este honor era recompensa de los muy eminentes y fieles servicios prestados por él á la Corona (2).

Posteriormente, cuando hombres de todos los partidos hablaban con horror del Tribunal Sangriento, el

(1) Granger's *Biographical History*, «Jeffreys.»

(2) Burnet, I, 648; Jacobo al Príncipe de Orange, set. 10 y 24, 1685; lord Lonsdale's *Memoirs*; *London Gazette*, oct. 1.º, 1685.

malvado juez y el malvado rey trataban de vindicarse echándose la culpa el uno al otro. Jeffreys en la Torre protestaba que aun cuando se había mostrado muy cruel no había excedido un punto las órdenes expresas de su amo, ni siquiera las había cumplido estrictamente. Jacobo en San Germán quería hacer creer que él se había inclinado á la clemencia, y que la violenta conducta de su Ministro había traído sobre él inmerecida deshonra. Pero ninguno de estos dos hombres de duro corazón debe ser absuelto á expensas del otro. Que la defensa de Jacobo era falsa, puede probarse con escritos de su propio puño; y en cuanto á la de Jeffreys, aun cuando fuese realmente cierta, carece por completo de valor.

LVI.

PROCESO Y EJECUCIÓN DE CORNISH.

La matanza en el Oeste había terminado, y estaba á punto de empezar en Londres. El Gobierno deseaba especialmente hallar víctimas entre los grandes comerciantes whigs de la City. En el último reinado habían ayudado con formidable fuerza á la oposición. Eran ricos y su riqueza no estaba, como la de muchos nobles y caballeros del campo, protegida por la ley contra la confiscación. En casos como el de Grey y hombres de su rango no había medio de satisfacer la crueldad y la rapacidad al mismo tiempo; pero en cambio un rico comerciante podía ser al mismo tiempo ahorcado y despojado de sus bienes. Sin embargo, los grandes comerciantes, aunque hostiles en general al catolicismo y al poder arbitrario, habíanse muestra-

do entonces demasiado escrupulosos ó tímidos para incurrir en el delito de alta traición. Entre ellos era Enrique Cornish de los más notables. Había sido alderman bajo la antigua carta de la City, y cuando la opinión pública se ocupaba del *bill* de exclusión desempeñaba él el puesto de sheriff. En política era whig; sus opiniones religiosas le inclinaban hacia los presbiterianos, pero era de carácter prudente y moderado. No está probado con testimonios dignos de crédito que llegase nunca ni en la sospecha de traición, y mientras fué sheriff habíase mostrado muy reacio en emplear en calidad de representante suyo hombre tan violento y sin principios como Goodenough. Cuando se descubrió la conjuración de Rye House creían muy firmemente en Whitehall que Cornish resultaría complicado, pero tales esperanzas salieron fallidas. Y aunque uno de los conspiradores, Juan Rumsey, estaba dispuesto á jurarlo todo, un solo testigo no bastaba, y no pudo encontrarse otro. Más de dos años habían trascurrido desde entonces. Cornish se creía ya en salvo, pero los ojos del tirano estaban fijos en él. Goodenough, lleno de terror ante la inminencia de la muerte y aborreciendo á su antiguo jefe á causa de la desfavorable opinión en que siempre le había tenido, consintió en dar el otro testimonio que hasta entonces había faltado. Cornish fué reducido á prisión cuando se ocupaba de sus negocios en la Bolsa, llevado apresuradamente á la cárcel, donde por algunos días permaneció incomunicado, y de este modo sin poderse preparar en absoluto le hicieron comparecer ante el Tribunal de Old Bailey. Fundábase la acusación formulada contra él tan sólo en los testimonios de Rumsey y Goodenough. Ambos eran, según propia confesión, cómplices en el complot de que acusaban al preso. Y al obrar así, ambos

eran impelidos por la esperanza y el temor, creyendo salvarse á sus expensas. Trajéronse también testimonios de que Goodenough obraba bajo la influencia de enemistad personal. La relación de Rumsey se contradecía con lo que había declarado cuando se presentó de testigo contra lord Russell. Pero en vano fué alegar estas cosas. En el banco se sentaban tres jueces que habían estado con Jeffreys en el Oeste, y los que con particular atención observaban su conducta, notaron que parecían haber regresado más iracundos y crueles de la carnicería de Taunton. Es en realidad bien cierto que la afición á la sangre, aun en aquellos que no son de natural cruel, se adquiere rápidamente con el hábito. Jueces y jurados se unieron para condenar al infortunado whig. Los miembros del Jurado habían sido elegidos por un sheriff partidario de la Corte; así que prontamente dieron su veredicto de culpabilidad, y á pesar de los murmullos de indignación del público, Cornish fué ejecutado á los diez días de haber sido preso. Y á fin de que no faltase ninguna circunstancia degradante, levantóse el patíbulo entre King Street y Cheapside, frente á la casa donde había vivido respetado de todos, de la Bolsa donde siempre su crédito se había mantenido á gran altura, y de la casa consistorial donde se había distinguido como magistrado popular. Murió con valor, pronunciando frases piadosas, pero demostrando, así en la mirada como en el gesto, tan horido sentimiento de la barbarie é injusticia con que se le había tratado, que sus enemigos propalaron un rumor calumnioso respecto á él. Dijeron que estaba borracho ó loco cuando fué ejecutado. Guillermo Penn, sin embargo, que estaba cerca del patíbulo y cuyas preocupaciones le ponían del lado del Gobierno, dijo posteriormente que nada había notado en el porte de

Cornish, como no fuese la natural indignación de un inocente muerto con apariencias de legalidad. La cabeza del magistrado asesinado fué expuesta en la Casa Consistorial (1).

LVII.

PROCESO Y EJECUCIÓN DE FERNLEY É ISABEL GAUNT.

Si puede parecer horrible la ejecución precedente, aun no fué la más ignominiosa de las que en aquel otoño deshonraron las sesiones del Tribunal de Old Bailey. Entre las personas complicadas en la conspiración de Rye House, hallábase un individuo llamado Jacobo Burton. Según propia confesión, habíase hallado presente mientras sus cómplices discutían el plan de asesinato. Cuando se descubrió la conspiración ofrecióse una recompensa al que lo prendiera, logrando salvarse de la muerte gracias á una anciana llamada Isabel Gaunt, que profesaba las doctrinas de los baptistas. Unía esta mujer á las maneras peculiares y á la fraseología especial que entonces distinguía á su secta, el más ferviente espíritu de caridad. Su vida entera habíala pasado en ayudar y consolar á los infelices de todas las religiones, y era muy conocida por sus constantes visitas á las cárceles. Sus opiniones religiosas y políticas, así como su natural compasivo, hicieron que desde luego tratase de ayudar con todas sus fuerzas á Burton. Logró procurarse un bote que le condujese á Gravesend,

(1) Proceso de Cornish en la *Colección de causas de Estado*; sir J. Hawles, *Observaciones acerca del proceso de Mr. Cornish*; *Burton*, 1, 651; *Bloody Assizes*; *Stat.* 1 Gul. y Mar.

donde se embarcó en un buque pronto á hacerse á la vela para Amsterdam. En el momento de partir le metió en la mano una suma muy crecida para su situación. Burton, después de haber vivido algún tiempo en el destierro, volvió á Inglaterra con Monmouth, peleó en Sedgemoor, huyó á Londres y se refugió en casa de Juan Fernley, que era barbero en Whitechapel. Fernley era muy pobre; estaba literalmente sitiado por los acreedores. Sabía que el Gobierno había ofrecido por la aprehensión de Burton cien libras esterlinas, pero el pobre hombre era incapaz de hacer traición á quien en la hora del peligro había venido á acogerse á la sombra de su techo. Desgraciadamente pronto empezó á cundir la noticia de que la ira de Jacobo se ensañaba con más furor contra los que albergaban á los rebeldes que contra los mismos rebeldes. El Rey había declarado públicamente que de todas las formas de traición, la más imperdonable á sus ojos era la de ocultar traidores. Burton sabía esto, y entregándose al Gobierno declaró contra Fernley é Isabel Gaunt. Ambos fueron llevados ante los jueces. El villano, cuya vida habían salvado, tuvo valor y descaro suficientes para presentarse como principal testimonio contra ellos. Ambos fueron declarados convictos. Fernley fué sentenciado á la horca; Isabel Gaunt, á la hoguera. Aun después de todos los horrores de aquel año, muchos creían imposible que la sentencia se ejecutase. Pero el Rey permaneció inexorable. Fernley fué ahorcado; Isabel Gaunt fué quemada viva en Tyburn el mismo día que en Cheapside, Cornish recibía la muerte. Dejó un papel, escrito no en gallardo estilo por cierto, pero que excitó compasión y horror en muchos miles de personas que lo leyeron. «*Mi falta, decía, cualquier príncipe podía muy bien haberla perdonado. Lo único que hice fué*

socorrer á una pobre familia, y ¡miseria de mí! por eso tengo que morir.» Quejábase de la insolencia de los jueces, de la ferocidad del carcelero y de la tiranía de aquel, el principal de todos, por cuyo capricho ella y muchas otras víctimas habían sido sacrificadas. Perdonaba á todos el mal que le habían hecho, pero entregaba al juicio del Rey de los Reyes su implacable enemistad á la buena causa, la cual al fin había de renacer y prosperar. Conservó hasta el último momento tan sereno valor, que recordaba á los espectadores las más heroicas muertes cuya descripción habían leído en Fox. Guillermo Penn, que según parece tenía gran afición á los espectáculos que en general evitan todos los hombres de corazón y sentimientos humanitarios, corrió apresuradamente de Cheapside, donde había visto ahorcar á Cornish, á Tyburn, á fin de ver á Isabel Gaunt en la hoguera. Después refirió que cuando ella disponía tranquilamente la paja á fin de abreviar sus sufrimientos, todos los circunstantes se echaron á llorar. Llamó mucho la atención que mientras se perpetraba el más horrible de cuantos asesinatos judiciales deshonraron aquellos tiempos, sobrevino una tempestad tan violenta como no se había conocido desde el gran huracán que se desencadenó alrededor del lecho de muerte de Cromwell. Los oprimidos puritanos enumeraban no sin triste satisfacción las casas derribadas, los barcos que se habían ido á pique, consolándose en cierto modo al pensar que el cielo manifestaba con tan temible testimonio su indignación por las iniquidades que afligían á la tierra. A contar de aquel terrible día, ninguna mujer recibió la muerte en Inglaterra por delitos políticos (1).

(1) Procesos de Fernley é Isabel Gaunt en la *Colección de cau-*

LVIII.

SENTENCIA Y EJECUCIÓN DE BATEMAN.

No se creía aún que Goodenough hubiese ganado su perdón. El Gobierno quería librarse de una víctima, no de alto rango, un cirujano de la City, llamado Bateman. Había asistido profesionalmente á Shaftesbury, y fuera además celoso exclusionista. Muy bien puede ser que tuviera conocimiento de la conjuración whig; pero es indudable que no había sido de los principales conspiradores, porque en el gran número de declaraciones publicadas por el Gobierno, sólo una vez aparece su nombre, y aun entonces no es para acusarle de ningún crimen que se acerque siquiera al de alta traición. De su acusación, y de las escasas noticias que nos quedan de su proceso, parece resultar en claro que ni aun se le acusó de tener parte en el designio de asesinar á los reales hermanos. La maldad con que hombre tan oscuro, por haber cometido falta tan ligera, fué condenado á muerte, mientras traidores mucho más criminales y notorios lograban salvarse por declarar contra él, parecía exigir explicación, y al fin apareció una bien deshonrosa. Cuando Oates, después de ser azotado, fué trasportado sin conocimiento á Newgate, y, según todos creían, en la última agonía, había sido sangrado y sus heridas fueron curadas por Bateman. Esta falta era de aquellas que no se perdonan. Bateman fué deteni-

sas de Estado; Burnet, I, 649; *Bloody Assizes*; sir J. Bramston's *Memoirs*; Luttrell's *Diary*, 23 de oct., 1685.

do y acusado; los testigos que declararon contra él eran en su mayoría hombres infames, que además juraban para salvar la propia vida. Ninguno de ellos había alcanzado el perdón, y era entonces expresión popular que pescaban la presa como los corvejones amaestrados, con la cuerda al cuello. El preso, atontado por la enfermedad, no pudo hablar ni darse cuenta de lo que pasaba. Su hijo y su hija estaban á su lado en la barra. Leyerón lo mejor que les fué posible algunas notas escritas por su padre y examinaron los testigos de la acusación. Todo fué en vano; declarósele convicto y fué ahorcado y descuartizado (1).

LIX.

CRUEL PERSECUCIÓN DE LOS PROTESTANTES DISIDENTES.

Nunca, ni aun bajo la tiranía de Laud, había sido tan deplorable la condición de los puritanos como en aquel tiempo. Nunca se habían empleado tan activamente los espías en descubrir congregaciones, ni la magistratura y los grandes jurados, rectores y eclesiásticos habían desplegado tan gran celo y diligencia. Muchos disidentes eran citados para comparecer ante tribunales eclesiásticos. Otros tenían que comprar la connivencia de los agentes del Gobierno, regalándoles odres de vino y guantes llenos de guineas. Los separatistas no podían congregarse para orar, si no empleaban idénticas precauciones que los monede-

(1) Proceso de Bateman en la *Col. de causas de Estado*; sir John Hawles *Observaciones*. Merece compararse la declaración que Tomás Lee dió entonces con la confesión publicada anteriormente de orden del Gobierno.

ros falsos y los ocultadores de bienes robados. Cambiaban con gran frecuencia los puntos de reunión, y unas veces las ceremonias del culto se efectuaban antes del alba y otras en las altas horas de la noche. En torno al edificio donde se congregaba el pequeño rebaño había apostados centinelas, que daban la señal de alarma no bien se acercaba algún extraño. El ministro, oculto por un disfraz, entraba por el jardín ó por el patio. En algunas casas había trampas, donde, en caso de peligro, podían ocultarse. En aquellos sitios donde varios disidentes eran vecinos puerta con puerta, perforábanse con frecuencia las paredes, abriendo pasajes secretos de una á otra morada. No se cantaban los salmos, y se valían de mil industrias para evitar que la voz del predicador en los momentos de ferviente entusiasmo se oyese fuera de los muros. Sin embargo, á pesar de tantos cuidados, hacíase á menudo imposible eludir la vigilancia de los espías. En los arrabales de Londres, especialmente, era donde se extremaba el rigor de la ley. Varios caballeros opulentos fueron acusados de albergar en sus moradas congregaciones de disidentes. Sus casas fueron registradas escrupulosamente, y hubo multas que ascendieron á muchos miles de libras esterlinas. Los más fanáticos y atrevidos sectarios, al verse de este modo arrojados del hogar y no pudiendo congregarse en recinto cubierto, se reunían al aire libre, determinándose á rechazar la fuerza con la fuerza. Un magistrado de Middlesex, al saber que se reunían á orar de noche en una zanja, como á dos millas de Londres, algunos disidentes, haciéndose acompañar de buen número de constables, sorprendió la reunión y se apoderó del predicador. Pero los congregantes, que serían unos doscientos, pronto rescataron su pastor, obligando al magistrado y á sus oficiales á darse á la

uga (1). Esto, sin embargo, no era lo más frecuente, y en general el espíritu puritano pareció verse sujeto á más duras pruebas en aquella sazón que en todos los períodos de su historia, antes y después. Los libelistas toriés hacían gala de que ni un solo fanático se atrevía á mover la lengua ó la pluma en defensa de sus opiniones religiosas. Los ministros disidentes de vida más intachable, eminentes por su saber y talento, no podían aventurarse á recorrer las calles por temor á los ultrajes, que lejos de hallar reprensión, encontraban ayuda en aquellos cuyo primer deber era conservar la paz. Algunos teólogos de gran fama fueron reducidos á prisión. Entre ellos, estaba Ricardo Baxter. Otros, que por espacio de veinticinco años habíanse mantenido animosos contra la opresión, llenos ahora de desaliento abandonaban el reino. Contábase entre ellos Juan Howe. Gran número de los que frecuentaban las congregaciones religiosas asistían ahora á las iglesias parroquiales. Notábase que los cismáticos, en quienes el terror había influído hasta imponerles esta aparente ortodoxia, se conocían enseguida por la dificultad con que encontraban las plegarias en el libro y la torpeza con que se inclinaban al nombre de Jesús (2).

(1) Citters, oct. 13 (23) 1685.

(2) Neal's *History of the Puritans*, Calamy's *Account of the ejected Ministers* y el *Nonconformist Memorial* contienen abundantes pruebas de la crueldad con que se llevó á cabo la persecución. La carta de despedida de Howe á sus feligreses se hallará en la interesante vida de aquel grande hombre, escrita por Rogers. Howe se queja de no poder presentarse en las calles de Londres, y de que su salud se había resentido de la falta de aire y ejercicio. Pero la pintura más animada y viva de los sufrimientos de los disidentes fué obra de su mortal enemigo Lestrangle, y puede verse en los números del *Observador* de setiembre y octubre de 1685.

Durante muchos años recordábase entre los disidentes el otoño de 1685 como época de desgracia y terror. Sin embargo, ya entonces podían descubrirse las primeras y todavía débiles indicaciones de un gran cambio de fortuna, y aun no había transcurrido año y medio, cuando el intolerante Rey y la Iglesia intolerante luchaban furiosamente entre sí, disputándose la primacía en sostener y ayudar al partido que por tal manera ambos habían oprimido.

CAPÍTULO VI.

Reacción católica y absolutista.

1685-1686.

- I. El poder de Jacobo II llega á su apogeo en el otoño de 1685.—II. Su política exterior.—III. Planes de régimen interno. Ley del *Habeas Corpus*. Ejército permanente.—IV. Designios del Rey en favor de la religión católica.—V. Violación de la ley del *Test*.—VI. Halifax en desgracia.—VII. Descontento general.—VIII. Persecución de los hugonotes franceses, y sus efectos en Inglaterra.—IX. Reúñese el Parlamento. Discurso del Rey.—X. Organízase un partido de oposición en la Cámara de los Comunes.—XI. Designios de las otras naciones.—XII. El discurso del Rey discutido en la Cámara de los Comunes.—XIII. Derrota del Gobierno.—XIV. Reconviene Jacobo á los Comunes.—XV. Oposición al Gobierno en la Alta Cámara. El Conde de Devonshire.—XVI. El Obispo de Londres.—XVII. El Vizconde de Mordaunt.—XVIII. Clausura del Parlamento.—XIX. Procesos de lord Gerard y Hampden.—XX. Proceso de Delamere.—XXI. Efectos de su absolución.—XXII. Divisiones en la corte. Los tories protestantes.—XXI. I. Publicación de los papeles encontrados en el cofre secreto de Carlos II.—XXIV. Opinión de los católicos de más cuenta.—XXV. Cábala de los más exaltados católicos. Castelmayne, Jermyn, White.—XXVI. El Conde de Tyrconnel.—XXVII. Política de los Embajadores y Ministros extranjeros.—XXVIII. El Papa y la Orden de Jesús.—XXIX. El Padre Petre. Caracter y opiniones del Rey.—XXX. Excítale Sunder'and á continuar por el mal camino.—XXXI. Perfidia de Jeffreys.—XXXII. Godolphin y la Reina. Amores del Rey.—XXXIII. Catalina Sedley.—XXXIV. Intrigas de Rochester en favor de Catalina Sedley.—XXXV. Rochester en desgracia.—XXXVI. Conducta de Jacobo II con los hugonotes.—XXXVII. La prerrogativa de dispensa.—XXXVIII. Separación de los jueces contrarios á aquella prerrogativa.—XXXIX. Sir Eduardo Hales.—XL. Autorízase á los católicos